

paz con ruidosa pompa, y al día siguiente abrió el emperador en persona el cuerpo legislativo, con un discurso en el cual dijo, entre otras cosas: «Franceses, vuestro comportamiento en estos últimos tiempos, estando vuestro emperador mas de 500 leguas lejos de vosotros, ha aumentado el respeto que me inspira vuestro carácter. Sois un pueblo bueno y grande.» Deslumbradores eran también, en efecto, los triunfos de toda clase que el emperador podía enumerar en este discurso, y los aplausos con que fué recibida cada frase fueron entusiastas; pero no se borró en los que presenciaron el acto la impresión de que aquel soberano poderosísimo era un usurpador extranjero. La señora de Remusat cuenta en sus *Memorias* (1) que en las grandes solemnidades, que tanto gustaban á Napoleón, le faltaba la tranquila dignidad del que ha nacido en el trono; «siempre que Napoleón tenía que dirigirse al trono y sentarse en él, lo hacía con precipitación, como si quisiera arrojarse sobre él. No era el príncipe legítimo, que se sienta tranquilamente en el trono heredado de sus mayores, sino un tirano que siempre que se ceñía la corona recordaba lo que había dicho en Milán: «¡Ay de quien la toque!» Este defecto de Napoleón solo era visible para la gente cortesana práctica, mas para los franceses en general tenía el defecto mucho peor de no dominar el idioma francés como un francés, á pesar de todos sus esfuerzos, y sobre esto dice la misma señora Remusat: «Lo que perjudicaba á Bonaparte cuando tenía que hablar en público era el defecto incurable de su pronunciación. Por lo general, se hacía escribir el discurso que se proponía pronunciar, y creo que este trabajo lo hacía por lo general Maret, alguna vez Vignaud y aun Fontanes. Escrito ya el discurso, procuraba aprenderlo de memoria, pero lo hacía mal, porque no soportaba la menor imposición, y finalmente se conformó con leer sus discursos, pero escritos con letras muy grandes, porque estaba poco acostumbrado á leer manuscritos, y á estar escrito por él mismo, no habría podido leer ningún discurso. Hacíase enseñar, una vez escrito el discurso, la pronunciación; pero á medida que leía, olvidaba lo que le habían enseñado, y entonces leía con voz sorda y la boca medio abierta, con acento mucho mas extraño todavía que extranjero y que tenía algo de desagradable y hasta de vulgar. He oído decir á muchas personas que siempre que le oían hablar en público les causaba una impresión penosa. Su solo acento demostraba ya su condicion de extranjero y esto perjudicaba á los conceptos que expresaba á la par que era desagradable al oído, como me ha pasado involuntariamente también á mí alguna vez.»

El comercio inglés, al cual se hacía la guerra en todo el mundo, tenía en la península ibérica todavía una provincia que desde el siglo anterior estaba encadenada al interés de Inglaterra mas sólidamente que ninguna colonia del imperio británico. Esta provincia era el reino de Portugal, que desde la muerte del rey José, ocurrida en 24 de febrero de 1777, y desde el retiro del anciano ministro Pombal, en 5 de marzo del mismo año (murió el 5 de mayo de 1782), había renunciado á toda política independiente. Portugal estaba entonces reducido mas completamente que nunca á ser una simple sucursal de la poderosa casa de comercio llamada Gran Bretaña, para la cual era en el Sur lo que la Holanda en el Norte, bien que en mayor escala (2). Lisboa y Oporto eran inmensos depósitos de productos de Inglaterra coloniales é industriales, y los negocios á que daban lugar habían absorbido todos los capitales del país y encadenado á su servicio todos los intereses de la nación, mera tributaria de Inglaterra. So-

(1) *Mémoires*, tomo III, págs. 203-205

(2) Quiere decir «factorías» desde las cuales se proveía á otros países de productos ingleses.

bre todo desde que había estallado la guerra marítima se habían ido amontonando en Portugal todas las mercancías que allí encontraron salida. Lisboa era un inmenso depósito de los tesoros de dos mundos, y no cabiendo ya las mercancías en los almacenes ni en los muelles, fué menester construir depósitos nuevos y grandes. Desde Lisboa se inundó toda la península de mercancías inglesas; buques ingleses las conducían á las costas españolas y los contrabandistas las llevaban al interior y hasta al Mediodía de Francia, en especial el algodón en rama, que anualmente entraba en cantidad de 15,000 balas en el Tajo (3).

Cuando Napoleón decidió cerrar al comercio inglés todo el continente europeo, quiso obligar al Portugal á declarar la guerra á Inglaterra, lo que ningún gobierno de aquel reino podía hacer, porque equivalía á su ruina cierta. La mera tentativa de una separación podía tener consecuencias que la convirtieran en un verdadero atentado contra el bienestar nacional. No obstante, en 12 de agosto de 1807, Rayneval, primer secretario de la embajada francesa en Lisboa, presentó al gobierno portugués una nota exigiendo que Portugal declarara la guerra á la Gran Bretaña; que se hiciera esta declaración antes del 1.º de setiembre; que se cerraran sus puertos á los buques ingleses; que se mandara prender á todos los ingleses establecidos en su territorio para tenerles en rehenes; que se embargaran todas las propiedades de ingleses y se uniera la escuadra portuguesa á la de las potencias continentales aliadas (4). Esta exigencia encerraba el decidido propósito de destronar la casa de Braganza, porque cualquiera resolución que el gobierno tomara había de dar á Napoleón el pretexto de ejecutar su designio. Si el gobierno portugués se prestaba sinceramente á la exigencia, no podía cumplir sino de una manera muy incompleta, y si fingía su adhesión se había de descubrir al instante el engaño. Comprendido esto por el príncipe Juan, que desde 10 de febrero de 1790 gobernaba el país á nombre de su madre la reina María I, incapacitada por enfermedad cerebral, no le quedó mas recurso que refugiarse con el auxilio inglés en el Brasil, mientras fuera tiempo.

Napoleón tenía reunido ya en las inmediaciones de Bayona un ejército de 25,000 hombres, con el cual debía ocupar el Portugal el mariscal Junot, poco antes embajador de Napoleón en Lisboa; y antes también de que el emperador pudiera haber recibido la contestación del gobierno portugués, había dado orden de embargar los buques portugueses, y las mercancías pertenecientes á portugueses, que se encontrasen en los puertos franceses y en todos los demás donde imperaba su voluntad imperial. En 27 de octubre firmó Napoleón en Fontainebleau dos tratados, en uno de los cuales se impuso al rey de España la obligación de aprontar por su parte 8,000 hombres para la ocupación del Portugal, y en el otro se estipuló la división del Portugal en tres partes, la del Norte, la del centro y la del Sur. La primera se adjudicaba en este tratado, bajo el nombre de Lusitania septentrional, al rey de Etruria; la del Sur, que comprendía el Alentejo y el Algarbe, al príncipe de la Paz, y la parte central debía quedar disponible hasta la paz general, es decir, á disposición de la Francia (5).

En la mañana del 24 de noviembre, Junot, después de una marcha horrorosa en que padeció mucho su ejército, llegó á Abrantes, desde donde envió al instante su *ultimatum* á Lisboa (6). Por casualidad llegó á la capital portuguesa en

(3) Lefebvre, tomo IV, págs. 307-310.

(4) Schafer: *Historia de Portugal*, tomo V, pág. 622.

(5) *Corresp.*, XVI, págs. 78-121.

(6) Véase en la *Corresp.*, XVI, págs. 156-158, la carta de Napoleón del 12 de noviembre de 1807.

la noche del mismo día, llevado por un correo inglés, el *Monitor* francés del 13 de noviembre, en el cual se decía: «La casa de Braganza ha cesado de reinar.» Esto acabó con las vacilaciones del príncipe regente, el cual el 26 hizo saber á la nación, por medio de carteles en Lisboa, que habiendo hecho toda clase de sacrificios para evitar el derramamiento de sangre y conservar la paz, que Napoleón acababa de violar, había decidido pasar con la reina y toda la familia real á Rio-Janeiro y permanecer allí hasta la paz general. En 27 de noviembre embarcóse la familia real en buques ingleses y portugueses y el 30 del mismo mes entró en Lisboa Junot con 1,500 hombres, resto de los cuatro batallones de su vanguardia, todos haraposos, extenuados, que apenas podían sostenerse ni menos seguir el paso de los tambores. Laborde llegó también con 1,500 hombres que le habían quedado de los 9,000 de que se componía su división y que parecían también espectros, é igual aspecto presentaban las otras divisiones que entraron en los días siguientes en Lisboa arrastrándose penosamente ó colocados en carros. Parecía una burla cuando Junot organizó en 13 de diciembre una parada con 6,000 franceses é hizo quitar á la vista del pueblo espectador el escudo de armas portugués de la torre del palacio y poner en su lugar la bandera tricolor de Francia con el águila imperial.

Vergonzosa podía parecer la huida de la casa de Braganza, cuando se comparaba aquel puñado de franceses con los 350,000 habitantes de Lisboa, que podían oponer á los invasores 30,000 vecinos aptos para manejar las armas y de 10,000 á 14,000 soldados regulares; pero la familia real, que no se había envilecido como los Borbones en la vecina España, se había retirado ante el poder irresistible de Napoleón para evitar un derramamiento de sangre inútil.

Ninguna familia real de Europa presentaba señales de decadencia tan completas y manifiestas como los Borbones de España. El rey Carlos IV, que había sucedido á su padre Carlos III en 14 de diciembre de 1788, por su imponente estatura, fuerza física y bondad de carácter podría haber hecho su papel de rey con dignidad regular, y cuando menos sin daño para el país, pero su reducidísima inteligencia, su ignorancia y su falta completa de formalidad y del sentimiento del deber, hicieron de él una figura lastimosa que á la primera mirada excitaba compasión por el aspecto de impotencia intelectual y moral que ofrecía y que hacía de él una inocente caricatura de rey. En otro peor sentido, era su esposa, María Luisa de Parma, una caricatura de reina. Era mujer de gran talento, nacida para reinar y dominar, solo que no sabía dominarse á sí misma. No le faltaban arrojo varonil, decisión y energía, pero estaba dominada por la lascivia hasta ahogar en ella la voz de la conciencia y del decoro. Cuando en el año 1792, en vista de la potente revolución que hacía ya tres años tenía revuelta la Francia y excitaba el odio de los pueblos contra los reyes, ningún monarca ni ningún monárquico podían dejar de comprender que los reyes tendrían que sostener pronto una lucha formidable para salvar sus tronos y que estaban en el caso de no exasperar con su conducta á sus pueblos, la reina María Luisa dió á España y al mundo un ejemplo que debía excitar la repugnancia de toda persona decente. El conde de Floridablanca, ministro casi omnipotente durante 15 años, fué súbitamente exonerado de todos sus empleos en 23 de febrero de 1792 y nombrado en su lugar el conde de Aranda. Seis semanas después, en 12 de abril, una real orden concedió á Manuel Godoy, teniente de la guardia real, en los términos mas lisonjeros para el agraciado, la vasta propiedad nacional de Alcudia y además una renta de 6,000 pesos. Una semana mas tarde, cuando la reina salió á oír la primera misa

después de haber dado á luz á su 13.º hijo, fué nombrado Godoy marqués de Alvarez, duque de Alcudia y grande de primera clase, el 14 de julio miembro del Consejo de Estado y en 15 de noviembre presidente del ministerio con la cartera de los Negocios extranjeros, siendo exonerado de sus cargos el conde de Aranda «en atención á su edad avanzada y quedando S. M. muy satisfecho de sus servicios (1).»

Godoy nació en Badajoz el 12 de mayo de 1767; era buen mozo, muy simpático, todo lo cual le había valido, muy joven todavía, la amistad del rey y el amor desenfrenado de la reina, de la cual era públicamente amante. Tenía, pues, solo 25 años cuando fué colocado á la cabeza del gobierno.

Su ejercicio del poder se puede dividir en dos períodos: el primero abarca el tiempo desde su nombramiento hasta el 28 de marzo de 1798, en el cual emprendió la guerra contra Francia para dar una satisfacción á la opinión pública que pedía venganza por la muerte de Luis XVI. Esta guerra estuvo tan mal dirigida que la opinión reclamó la paz, y el ministro, viéndose en peligro grave, cedió otra vez é hizo la paz en 22 de julio de 1795 en Basilea, lo cual le valió el título excepcional de príncipe de la Paz y la propiedad mas rica del país con una renta de un millon. Pero á raíz de esta paz hizo Godoy un tratado de alianza con Francia, como solo podía firmarlo un ministro de España en estado de completa enajenación mental. Este tratado de alianza se hizo después de largas negociaciones el 27 de junio de 1796 y fué ratificado por el rey en San Ildefonso el 18 de agosto del mismo año (2). Era, segun decía el primer artículo, una «alianza ofensiva, defensiva é indisoluble,» hecha cabalmente cuando la república francesa se había enredado con la conquista de Italia en una guerra general de duración y extensión incalculables. Las obligaciones que este tratado impuso á España eran abrumadoras: había de aprontar en el espacio de tres meses, al ser requerida por la Francia, siempre que ésta se viera amenazada ó atacada en cualquiera parte de sus dominios presentes ó futuros, 15 navíos, 6 fragatas y cuatro corbetas completamente armados y una fuerza terrestre de 18,000 infantes y 6,000 caballos, todo sin derecho á pedir explicación alguna, ni á excusarse con sus propios intereses. Si Francia y España declarasen la guerra de comun acuerdo quedaban obligadas á poner en campaña todas sus fuerzas marítimas y terrestres. Estas obligaciones ilimitadas estaban aparentemente reducidas á ciertos límites por el artículo 18 del tratado, que decía: «Siendo Inglaterra la única potencia contra la cual España tiene quejas directas, solo resultará efectiva contra Inglaterra esta alianza en la guerra actual, y España quedará neutral en las guerras que la República hiciera á las otras potencias.» El resultar efectiva la alianza solo contra Inglaterra bastó para hacer perder á España su escuadra y sus colonias y para arruinar completamente su comercio y hacienda, es decir, que bastó para hacer perder á España, potencia marítima, todo cuanto tenía que perder.

Otro tratado del 13 de febrero de 1801 relativo á la escuadra y otro del 9 de octubre de 1803 imponiendo al gobierno suministros imposibles de fondos, ahorraron mas la España á la Francia; pero no podemos entrar aquí en la relación de los sucesos que hicieron que España se arruinara por orden de Francia, sin causar daño alguno á Inglaterra; basta decir que Godoy, el príncipe de la Paz, fué antes como después de 1798, en cuyo año cayó temporalmente en desgracia, el genio del mal para la infortunada España. El convenio del 29 de enero de 1801, hecho con Luciano Bona-

(1) Baumgarten: *Historia de España desde el principio de la revolución francesa hasta nuestros días*. Leipzig, 1865, tomo I, págs. 40-46.

(2) Baumgarten, págs. 75-77.



parte, para una intervencion comun en Portugal, procuró á Godoy el favor del primer cónsul Bonaparte y la tan anhelada ocasion de figurar como generalísimo á la cabeza de un ejército de 15,000 franceses y 60,000 españoles, de atravesar con él un país indefenso y de celebrar despues sus triunfos con gran ostentacion. Con esta campaña empezó el segundo período del gobierno de Godoy. La ineptitud, arbitrariedad, prevaricacion é inmoralidad de arriba habia corrompido toda la administracion, y en una exposicion presentada al rey en octubre del año 1807 se decia que, desde una porcion de años, no se concedia ningun empleo superior si el pretendiente no entregaba su esposa, hermana ó hija al primer ministro, de suerte que los puestos mas importantes eran presa de los hombres mas despreciables. Tambien decia la misma exposicion que el príncipe



María Luisa, reina de España

de la Paz habia vivido públicamente con su querida Josefa Tudó, y al cabo de diez años de matrimonio con la hija del infante don Luis, vivia aquella Tudó como una princesa en un palacio real, mientras la infanta vivia como repudiada (1).

A todas las miserias del interior, con una penuria siempre creciente, se agregaron desgracias tras desgracias exteriores. En 1805 el almirante francés Villeneuve sacrificó lo que habia quedado de la fuerza marítima de España, con su conducta incalificable en las batallas marítimas cerca del cabo de Finisterre en 22 de julio y cerca de Trafalgar en 20 de octubre (2).

Solo el pueblo español, para el cual el trono era tan sagrado é inviolable como el altar, pudo soportar durante tantos años un gobierno tan vergonzoso sin pensar en su derecho y hasta en su deber de mirar por sí mismo, no obstante los ejemplos de revolucion que á su rededor llenaban el mundo con sus fragores. Para hacer estallar la indignacion pública y el furor del pueblo tantos años comprimido fué menester que en el seno de la familia real estallara la discordia, de la cual resultara para las masas indignadas un jefe legítimo apoyado por el clero poderoso, que les diera la ocasion de levantarse contra el aventurero odiado que arrastraba la majestad por el lodo y la hacia objeto del desprecio general. Este caso se

(1) Baumgarten, págs. 149-150.

(2) Baumgarten, pág. 126, segun los datos de Laso de la Vega, en su obra: *La marina real de España*, 1863, tomo II, págs. 343 y siguientes y 423.

presentó cuando el heredero del trono, Fernando, el príncipe de Asturias, á quien su madre criminal habia tratado de apartar del trono para favorecer á su amante (3), llegó á ser sin pensarlo la persona en la cual todos los enemigos de su madre y de Godoy cifraron su esperanza, y se formó con la cooperacion del príncipe heredero una conspiracion, como único medio de librar á la nacion de un yugo ya intolerable. Esta conspiracion fué descubierta á tiempo, y el mismo rey tuvo la simpleza, al hacerlo saber á la nacion en un manifiesto en 30 de octubre de 1807, de decir que su propio hijo, el heredero legítimo del trono, habia querido destronarle porque él se dejaba burlar tan escandalosamente por su esposa y el amante de ésta.

Desde entonces fué el príncipe de Asturias el héroe de la nacion, que veía en él al salvador de su honor y del honor del trono. El clero, furioso contra Godoy, que hacia vender una parte de las propiedades inmensas de la Iglesia, se puso del lado de Fernando, de una manera tan decidida, que la conducta cobarde y miserable de su héroe, que instado por Godoy habia pedido perdon á sus padres, no le perjudicó nada en el concepto de la nacion, que calificó todo de mentira y de cábalas del miserable ministro, porque entonces no existian en España ni la prensa, ni partidos, ni sociedades, ni reuniones políticas. Godoy no se atrevió á proceder contra el príncipe ni contra sus cómplices porque Fernando habia procedido de complicidad con Napoleon, del cual habia solicitado la mano de una princesa, por manera que fué menester amnistiar á todos. A esto se debió que fueran recibidos por el pueblo español con el júbilo proporcional al odio que le inspiraba Godoy los 24,000 franceses á las órdenes del general Dupont que el emperador envió en 20 de diciembre al auxilio de su protegido el príncipe de Asturias, así como los 25,000 hombres que llevó en 9 de enero de 1808 el general Moncey y otros cuerpos de tropa que siguieron. Así se tejó aquel cúmulo de ilusiones y errores que tan admirablemente secundaron los planes ocultos de Napoleon.

Mientras las huestes francesas marchaban por las vias de Valladolid y Burgos, por Segovia y Aranda sobre Madrid, Godoy decidió salir de la corte á favor de la noche y sigilosamente con el rey y la reina. El pueblo tuvo noticia de este plan y se amotinó furioso, atacó la casa de Godoy, la saqueó y quemó, mientras el ministro estaba oculto en un desvan detrás de un monton de esteras, donde pasó 36 horas mortales sin comer ni beber.

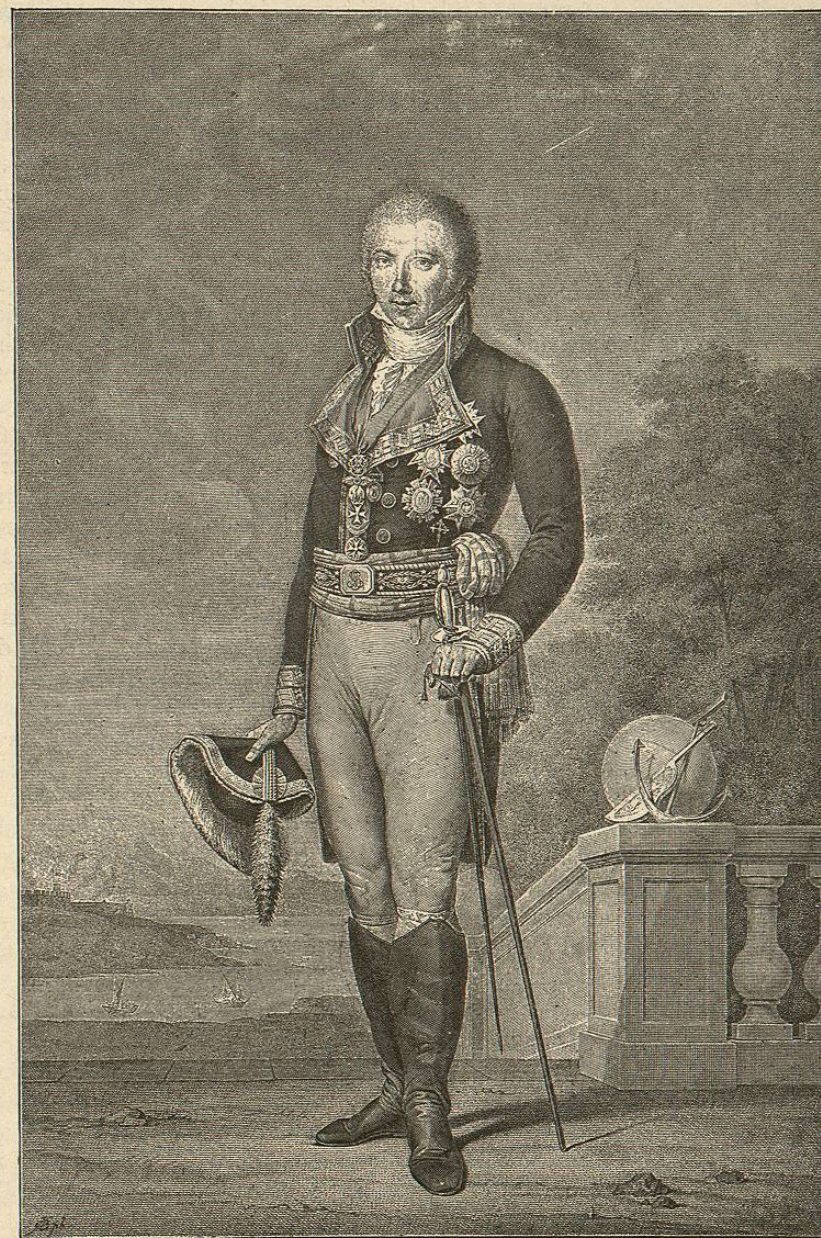
En la mañana del 18 de marzo publicó el rey un decreto exonerando á don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus cargos de generalísimo y de almirante, permitiéndole retirarse al punto que quisiese. Al día siguiente apareció otro decreto, por el cual el rey Carlos IV abdicó la corona á favor de su hijo, el príncipe de Asturias. Los dos decretos excitaron en toda España un júbilo frenético que llegó á su colmo cuando en 24 de marzo el nuevo rey, Fernando VII, hizo su entrada solemne en Madrid, donde el día antes habian entrado las fuerzas francesas mandadas por Murat. Fernando VII fué recibido como un dios, y el pueblo no le nombraba aquellos días de otra manera que «el idolatrado Fernando.»

Muy pocos días duró la ilusion. Murat hizo instar secretamente á Carlos IV, que continuaba en Aranjuez, para que revocase su abdicacion, y al mismo tiempo dió á entender al rey Fernando y á sus consejeros que él no reconocia esta revolucion y que tocaba al emperador Napoleon decidir del destino de España. Napoleon permanecia callado; pero á juzgar por la actitud de día en día mas insolente de Murat,

(3) Baumgarten, págs. 129 y siguientes.

debían de ser muy siniestras sus intenciones, y Fernando, carácter vil y cobarde, comprendió que debía apresurarse á conquistar la buena voluntad del poderoso emperador antes que fuera tarde. Así, cuando el 4 de abril llegó el general Savary, enviado directamente por el emperador, y dijo á Fernando que estando Napoleon á punto de presentarse personalmente en España, seria bueno que saliera á recibirle y le

diera personalmente la bienvenida, no titubeó Fernando un instante en aceptar la indicacion. En efecto, en 8 de abril anunció á la nacion disgustadísima su resolucion y al día siguiente se partió para Burgos, donde segun habia dicho el general francés encontraria al emperador; pero cuando llegó el día 12 no se tenia allí ni siquiera noticia de que Napoleon hubiese pasado la frontera. Fernando llegó hasta Vitoria,



Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

Copia reducida del grabado en cobre de Fosseyeux (1782-1824), que lo sacó del cuadro original pintado por Steven.

donde tampoco se sabia nada del emperador, pero en cambio se presentó allí un antiguo ministro llamado Urquijo que probó al rey y á los consejeros que le acompañaban que todo era una trampa, pero que todavia era tiempo de librarse del peligro. Fernando, en efecto, se negó á continuar el viaje, no obstante las instancias vivísimas de Savary, y dió á éste una carta para el emperador, en la cual le suplicaba en términos humildísimos que á cambio de tantas pruebas de sumision le diese siquiera una muestra de correspondencia. Napoleon contestó en otra carta que debia haber desilusionado completamente á Fernando, á quien no daba mas título que el de príncipe de Asturias. En el contexto condenaba las revoluciones

en general y la de Aranjuez en especial, declarándose decididamente á favor del rey Carlos IV, de la reina y del príncipe de la Paz; pero dejando traslucir que podria reconocer á Fernando si éste quisiera pasar á Bayona y tener allí una «conversacion» con él sobre el motin de Aranjuez, para probarle que su padre Carlos IV no habia abdicado bajo la presion del motin. Al propio tiempo insinuaba que el casamiento de Fernando con una princesa francesa era, en su opinion, asunto enteramente conforme con el interés del pueblo español (1).

(1) Cuando Napoleon hizo publicar en el *Moniteur*, en 5 de febrero